

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 28 de Abril de 1932

Núm. 470

EL AMBIENTE Y LA VIDA

ANA LAURA

Toda la tristeza de Ana Laura se trocó en una alegría cascabelera y saltarina. En la ciudad se consumía. La pobre muchacha, reclusa en casa, esclava de sus obligaciones, le faltaba tiempo para dedicarlo al paseo y a la diversión.

Papá comprendió que su niña, su ojo derecho, enfermaría de continuar así. Y él la quería con delirio. Y su niña tan trabajadora, tan buena auxiliar de mamá, estaba necesitada de un reposo largo. Una vida de campo, sin las preocupaciones de la casa.

Ana Laura no quiso marchar. ¿Quién cosería los calcetines de Pepe Luis? ¿Y la ropa de José Manuel? ¡Las corbatas de Ricardo! No, no. Ella no podía dejar a su mamá sola. La iba a complicar demasiado la existencia. Aquellos hermanos suyos eran además muy exigentes. Un poquito egoístas.

Pero lo que ella menos esperaba sucedió. No solo papá, sus hermanos a los que creía o suponía de muy manera distinta, fueron los primeros. Sí, sí la indujeron que marchara una temporada al campo, con tío Eduardo.

Y Ana Laura, no supo evadirse. Todos se mostraban dispuestos a su vacación. Se la concedían con aquel cariño tierno y santo de la hermandad. Y ella lo buena y resignada, no supo decir nada más. Tuvo que aceptar. Y salió.

Ya tenemos a Ana Laura en plena serrería. El viaje fué molesto. Tren, automóvil y caballería. ¡Qué interesante ir montada en la caballería! Cinco horas metida dentro de las aguaderas, en el mulo blanco. Tío Eduardo y el criado en caballos. Un borriquito con su baulillo, con las mudas y unos trajecitos para presumir en el cortijo.

Cinco días corrieron vertiginosos, sin darse cuenta. Su diligencia y su actividad se trocaron en una holgazanería impropia de ella. No se acordaba de nadie. Madrugaba y al campo a corretear, a jugar con los borreguitos, a preparar el trigo para los cerdos.

¡Los Nacionales! ¿Quiénes eran los Nacionales? ¡Ah! ¡Si supierais! ¡Unos asesinos! ¡Unos criminales! Se comieron a sus propias crías, a sus mismos hijos! ¡Que barbaridad! ¡Que gente más salvaje!

Los nacionales, los puercos grandes, no contentos con la hazaña, aún tuvieron valor para mayor daño. Cuatro pollitos de quince o veinte días, sucumbieron también y fueron a la «fábrica de jamón». Sólo escapó uno. Quedó cojito. Y tía Antonia lo bautizó: Romanones le puso. ¿Dónde está Romanones? Ya es un gallo, con una cresta orgullosa y un pico y una garganta, estupenda. ¡Así están de enamoradas las gallinas! Pero cuando anda, toda la bizarría y toda la gracia de su figura, se pierde. Ya no es el mismo. Es el inválido, el lisiado. Todos los animalitos se compadecen de él. Parece que comprenden su

desgracia y no riñen ni le disputan sus amiguitas, las gallinas que le siguen.

Y Ana Laura con estas cosas que nunca había visto ni oído referir se mostraba encantada. Ni se acordaba de papá, ni de mamá. Ni de las corbatas de Ricardo. ¿Se las plancharían ahora todos los días? ¿Y los calcetines de Pepe Luis? Su vida era otra. Las emociones habían impresionado fuertemente su imaginación y su casa la veía a tanta distancia, tan chiquita, que tan siquiera podía verla como recuerdo.

Estos días de campo, le estaban sentando a su cuerpo y a su espíritu con una ganancia de salud. A medida que los días pasaban, se notaba más fuerte, más dispuesta, mejor. Pero no tenía gana de coger la pluma, tío Eduardo se encargaba de hacerlo a casa.

Y ya no había más remedio. ¡Vaya una familia que se estaba echando! ¡Las cosas que le escribían sus hermanos! ¿Será posible? Bueno. Ya estaba delante de las cuartillas con la pluma en la mano. Se desquitaría del atraso y lo contaría a sus hermanitos todo cuanto estaba viendo y cuanto había conocido.

Iba a empezar la carta. «Queridos hermanos». Ya estaba hecho. ¿Qué les diría ahora? Tantas impresiones se arremolinaban por salir que no encontraba la primera frase. ¡Hasta había perdido la costumbre de escribir! ¿Qué dirían más de ella si no les ponía un parrafito y les contaba alguna de las muchas cosas que estaba viendo?

Por más que estrujaba su cerebro, la carta no salía. No pasaba de los queridos hermanos. Y harta de su torpeza decidió esperar al siguiente día. Les escribiría mucho. Ahora no estaba en situación, no le surgían las palabras. Quería hacerles una carta emocionante de las mil peripecias de que fué testiga.

Y así fué. Madrugaría y por la mañana se dedicaría a contarles a sus hermanos los malos ratos que en la serranía pasaba.

ORTIZ DE DANIEL

Las chispas eléctricas de los tranvías higienizan el aire

Todos los días estamos conociendo cosas nuevas. Hasta ahora ignorábamos el poder desinfectante de los tranvías eléctricos. Pero no ha faltado un físico alemán que ha venido con sus teorías a demostrar una verdad ignorada.

Ateniéndonos a las explicaciones de ese alemán, sabemos que las chispas eléctricas desprendidas de los cables de los tranvías, en su movimiento con el trole, producen el ozono del oxígeno del aire. Es de un poder antiséptico y desinfectante atroz. Así, por este sencillo y natural procedimiento, las grandes ciudades están a diario higienizadas.

Cuando las calles son muy estrechas, el poder del ozono tiene más eficacia y actúa de una manera más enérgica.

LA CHISMOSA

Marujina es una niña muy bonita, muy hermosa, hacendosa, apañadita... ¡pero es coqueta y chismosa la maldita! Es su carita divina, más su lengua viperina, de simpática la convierte en antipática, pues domina en su ser la malquerencia, la imprudencia y con sus chinchorrerías trasforma todos los días, de improviso, en infierno un paraíso. Es ella un conglomerado de cuanto hay de depravado en la infantil malquerencia; la inocencia para ella es un pecado, y de lleno siente en su infantil regazo de rechazo, la envidia del bien ajeno.

NOEL

Saca clavos con los dientes, parten piedras sobre su cabeza y, tan fresco

La naturaleza es pródiga en sus maravillas. Y maravilla es que un hombre tenga la cabeza más dura que una piedra, frase vulgar aplicada en este momento con una oportunidad cabal.

En Nueva Orleans existe un trabajador dotado de un privilegio. El, saca los clavos con la boca, deja partir sobre su cabeza piedras de cuarenta kilos. Se desprende de una altura de ocho metros sobre un tablero cubierto de púas y su cuerpo no sufre la más mínima rasgadura.

Este fenómeno llamado Jimmie Murphy y generalmente conocido por *El hombre de hierro*, cuenta veintiseis años de edad. Su oficio es trabajador del puerto y en muchas ocasiones, ha dejado pasar sobre su cuerpo un camión y salir indemne de la prueba.

Es tal la construcción y sus carnes ofrecen una característica de dureza tan poco común, que ha llegado, provisto de un pañuelo, a meter en un tronco de árbol clavos de doce centímetros de longitud, bastándose para ello del puño de su mano derecha.

El extraño fenómeno ha sido visto por agentes americanos y le han ofrecido contratos fabulosos para exhibirse en los circos, pero *El hombre de hierro* ha dicho que no hay dinero en el mundo para pagar su trabajo. El solo realiza estas proezas por un gusto especial y está lejos de su ánimo en convertirse en un espectáculo para los públicos.

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

LA LLAVE

El señor Pérez, director de una gran firma de automóviles, llamó aquel día a su cajero Lupiáñez y le apostrofó, poco más o menos, de la siguiente manera:

—Querido Lupiáñez. Hace quince años que está usted en la casa en calidad de cajero y no puedo tener más que alabanzas para su trabajo. Sin embargo, acabo de notar ahora mismo que le faltan cinco mil duros en caja. ¿Quiere tener la bondad de reembolsármelos?

Pablo Lupiáñez, que era un hombre de poco más de treinta años, al oírle miró a su jefe y palideció.

—Es cierto—dijo con la voz velada—. Me he dejado engañar; he jugado a la Bolsa y he perdido esos cinco mil duros, que me es imposible devolverle en el acto.

—Lo sospechaba—dijo el señor Pérez—. Y, en vista de ello, he reflexionado sobre la situación que acababa de crearse. En primer lugar, podría avisar a la policía, pero no quiero emplear un medio de la más baja vulgaridad. Además, me sigue usted pareciendo un hombre honrado que ha tenido un momento de crisis. Por lo tanto, le permito que me devuelva por meses, sobre su sueldo, la suma que me ha obligado a prestarle.

Un relámpago de júbilo pasó por los ojos de Lupiáñez, el cual hizo ademán de arrodillarse para dar las gracias a su jefe. Pero éste le contuvo.

—Un segundo—dijo—. Ya comprenderá usted que soy demasiado hombre de negocios para dejar de exigirle que me firme un papellito reconociéndome esa deuda.

Lupiáñez tomó el papel que le alargaba su jefe y leyó:

«Reconozco haber sustraído veinticinco mil pesetas de la caja del señor Pérez.—Firmado, el cajero.»

—Pero señor Pérez, yo no puedo...

—¿Prefiere usted que presente una denuncia en el Juzgado de guardia? Nada de niñerías. Ya comprende usted que si le digo que firme esto, no es para pregonarlo por todas partes. Además, se lo devolveré cuando me haya pagado por completo, y en tanto, quedará en mi caja de caudales, bajo sobre sellado y con esta mención: «Qué-mese sin abrirlo». Reconozco que la cosa es dura, pero ha cometido usted una falta y no tiene más remedio que sufrir sus consecuencias... Firme usted.»

Lupiáñez tomó la pluma, y después de una ligera vacilación, firmó el reconocimiento de su mala acción.

El señor Pérez, muy sereno, dobló el papellito, lo introdujo en un sobre, el cual selló con cinco sellos y lo guardó en su caja particular. Luego dijo:

—Vamos, Lupiáñez... Esto quedará entre nosotros. Espero que no me hará usted arrepentir de mi benevolencia.

—Se lo prometo a usted—dijo el cajero. Y se volvió a su sitio.

Pasaron dos años, durante los cuales Lupiáñez se había puesto al trabajo como un negro y pagaba mensualmente a su jefe una cantidad.

Tuvo la suerte de heredar a su abuela, y con eso pagó una gran cantidad de un golpe, con lo que quedó a deber tan solo ocho mil pesetas.

Pero su vida estaba envenenada por el papellito que había firmado. El hecho de haber reconocido en un escrito que era un ladrón, le impedía dormir y le quitaba el humor para todo, y deseaba que su jefe le devolviera el papel antes del completo pago de su deuda, pero como el señor Pérez no le decía nada, no se atrevía a pedirselo.

Sin embargo, su jefe le testimoniaba una confianza mucho mayor que antes, y un día Lupiáñez palideció cuando su jefe le confió la combinación con la cual se abría su caja particular.

Llegó el final de aquel mes y Lupiáñez, como siempre, procedió a hacer un balance y un arqueo ante los ojos de su jefe. Todo estaba en regla y más que en regla. Lupiáñez era el mejor administrador del mundo y lograba economías y beneficios insospechados. El señor Pérez le fe-

